

faccion les empuja á dejarse resbalar por la pendiente que conduce al hombre al abismo. Y hé ahí, desgraciado, eso es lo que ha hecho vuestra honradez humana, ¿á dónde os ha conducido á vos y á todos los que se inspiraron en vuestro ejemplo?

—¿A dónde? Preguntó el hombre.

—¿A dónde?... dijo San Pedro. Preguntadlo, no á mí, sino á todos los códigos religiosos que, sin excepcion, imponen por primera obligacion á la criatura razonable, tributar al Creador el homenaje que se le debe. Preguntad particularmente al código del cristiano en la primera página del cual leereis: EL HOMBRE FUÉ CREADO PARA CONOCER, AMAR Y SERVIR Á DIOS, Y DE ESTE MODO LLEGAR Á LA VIDA ETERNA.

Despues de esto, preguntaos á vos mismo si la vida que habeis seguido ha podido conducirnos á ese fin.

faccion les empuja á dejarse resbalar por la pendiente que conduce al hombre al abismo. Y hé ahí, desgraciado, eso es lo que ha hecho vuestra honradez humana, ¿á dónde os ha conducido á vos y á todos los que se inspiraron en vuestro ejemplo?

—¿A dónde? Preguntó el hombre.

—¿A dónde?... dijo San Pedro. Preguntadlo, no á mí, sino á todos los códigos religiosos que, sin excepcion, imponen por primera obligacion á la criatura razonable, tributar al Creador el homenaje que se le debe. Preguntad particularmente al código del cristiano en la primera página del cual leereis: EL HOMBRE FUÉ CREADO PARA CONOCER, AMAR Y SERVIR Á DIOS, Y DE ESTE MODO LLEGAR Á LA VIDA ETERNA.

**XII. DONDE SE VE QUE HAY BEATAS DE BEATAS.**

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¡Al instante! ¡Al instante! Dijo San Pedro, levantándose sobresaltado de la silla en que estaba sentado.

¡Plan! ¡Plan! ¡Plan!

—¡Al instante! ¡Al instante! Respondió. Y con su gruesa llave en la mano se dirigia á la puerta.

¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!

—¡Y bien! ¡Y bien! ¿Qué es eso? dijo dando una vuelta á la llave. ¿Temeis helaros fuera, para no poder esperar un momento?

—¡Ay! San Pedro, exclamó una beata, precipitándose como una bomba por la puerta apenas entreabierta, ¿preguntais si hace frio fuera del cielo? He creido que no abririais nunca.

—Se conoce que venis, dijo el Santo, de un lugar donde el tiempo se hace largo. No he empleado cinco segundos en abriros.

—Me han parecido cinco siglos, bienaventurado San Pedro, tanta prisa tengo de encontrarme cerca de mi dulce Señor Jesús. ¿Dónde está? decídmelo, dónde está. El.

—Pues, con el Padre y el Espíritu Santo. ¿En qué otro sitio podría estar más que allí?

—Conducidme pronto á donde él, dijo ella.

—¡Un momento! ¡Un momento! Dijo San Pedro. ¡Qué, teneis mucha prisa! Señora mia.

—¡Ya lo creo que tengo mucha prisa, después de haber pasado mi vida suspirando por este momento! Y mi dulce Señor Jesús que se ha dignado llamarme del mundo, debe estar tan impaciente por verme.

—No digo que no, respondió San Pedro. Pero en fin, no habeis sido aún juzgada; que yo sepa.

—¿Juzgada?... ¡Ah! Si, me olvidaba. Pero creed lo que os aseguro. Decidle so-

lamente que soy yo y me hará entrar en seguida. ¡Ha reposado tan á menudo en mi corazón!

—No se pasa de ese modo, respondió el portero del Paraiso. Cuando Jesús con su bondad quiere entregarse á los hombres, es para curarles de sus debilidades. Pero en el cielo, no se entrega más que á los que le han merecido por sus virtudes, y eso debe establecerse por un juicio en regla. Voy á proceder en seguida al vuestro.

—¡Vos! exclamó la beata. Mi Jesús es quien debe juzgarme.

—Os olvidais, contestó San Pedro, que con las llaves del Paraiso, Jesucristo me ha dado el poder de atar y desatar. Yo soy, pues, si quereis, quien os juzgará. ¿Qué camino habeis seguido, Señora mia?

—La via de la perfeccion, respondió.

—Esa es la mejor, dijo San Pedro. ¿Pero de qué manera la entendeis?

—Como la Santa Escritura. Comprendo que libre de todo amor terrestre, he seguido la via estrecha que conduce directamente al cielo.

—En efecto, esa es la de la perfeccion. ¿Pero de qué amor terrestre hablais?

—Yo era joven, dijo la beata, y no he contraído matrimonio.

—¿Ha pedido alguno vuestra mano?

—No, respondió ella; pero eso podía llegar de un día á otro.

—¿Es ese el único amor al cual habeis renunciado? ¿No habeis tenido un padre y una madre, hermanos y hermanas?

—Hermanos y hermanas, no; he sido hija única; pero tenia padre y madre.

—¿Y les habeis abandonado?

—Si, porque se dice en la Escritura: «El hombre abandonará á su padre y á su madre para unirse á su esposa.» ¿No debia yo con mayor razon abandonarlos para unirme al divino Esposo?

—¿Teniais miedo, preguntó el Santo, que el permanecer con vuestros padres fuese obstáculo á vuestra salvacion?

—No recuerdo ahora bienaventurado San Pedro, respondió la beata. El camino que he seguido es estrecho, y hubiera sido correr grandes riesgos pretender andar los tres, donde es tan difícil andar sola.

—Eso es segun, respondió San Pedro. Algunas veces se sostienen el uno al otro.

—Ese no es el caso, dijo ella. Mis padres

eran ancianos y enfermos. Me hubiesen impedido y retardado mucho en mi marcha. Y despues no tenian mi celo. En lugar de seguir derecho el camino del cielo, por causa de ellos, hubiera tenido que dar tantos rodeos, hacer tantas paradas, que no me encontraria ahora aqui.

—Creo comprenderos, dijo San Pedro. Pero explicaos de otro modo, que por vuestra comparacion del camino estrecho y directo, ¿en qué podian molestaros vuestros padres para llegar al cielo?

—A causa de su edad avanzada y su estado enfermizo, reclamaban muchos cuidados. No hubiera podido permaneciendo con ellos, estar libre, como deseaba, para el servicio de Dios. En lugar de irme á adorarle á la Iglesia, de alimentarme con su palabra divina, de aplicarme á piadosas lecturas y de meditar á menudo sobre las dulzuras del divino amor, me hubiera sido necesario estar todo el dia en su servicio, constantemente ocupada con sus necesidades, esclava de sus caprichos y expuesta á oír sus lamentos y sus murmuraciones incesantes, lo que segun comprenderéis, hubiera sido perjudicial á la paz de mi alma.

—¿Murmuraban? preguntó San Pedro.

—Continuamente; y no me dejaban descansar. Si les hubiera escuchado, hubiera debido abandonar por lo ménos la mitad de mis devociones, para poder dedicarles más tiempo.

—¿Y para no abandonar unos, habeis abandonado los otros?

—Como era mi deber. Dios ante todo. Los he puesto al cuidado de una criada, y he entrado en el beaterio.

—¿Para hacer allí qué? preguntó San Pedro.

—Pues para vivir tranquila, libre de todos los cuidados materiales, libre para dedicarme completamente á las exigencias piadosas y hacerme cada vez más digna del amor de Jesucristo.

—¿Es por amor á Jesucristo, por el que habeis abrazado ese género de vida?

—Por amor á Jesucristo, ciertamente, dijo ella. Y ahora os suplico me conduzcais pronto á donde El.

—¡Un momento! ¡Un momento! dijo el portero del Paraiso. Si es como decís, mostradme vuestra cruz.

—¿Mi cruz? dijo ella.

—Sí, vuestra cruz, contestó el bienaven-

tarado. ¿Jesucristo no ha dicho: «Quien pretenda quererme que tome su cruz y sigame»? ¿Dónde está la cruz que habeis traído á imitación de Jesucristo?

A esa pregunta, la beata pareció un poco sobrecogida; pero reponiéndose dijo:

—He renunciado á las afecciones terrestres, he abandonado á mis padres, he seguido el camino estrecho, y sin dejarme distraer por las seducciones del mundo, he venido directamente hasta aquí.

—¿Aquí? ¿Aquí?... no se pagá con palabras, dijo San Pedro. En todo lo que acabais de enumerar no veo la cruz, sino lo contrario.

Decís, señora mía, que habeis renunciado á ciertas afecciones. No quiero profundizar ese punto, aunque hay apariencias de que si vos estábais decidida á no tomar marido, es porque nadie ha pensado pedir os por esposa. Es cómodo, en ese caso, hacer de la necesidad virtud. En cuanto al motivo que os ha decidido á abandonar á vuestros padres, vamos á ver lo que vale. Decís que era para caminar por la vía estrecha. ¿Pero no era para tenerla más ancha por lo que habeis querido andar sola?... ¿Era, decís aún, para

ir con más rapidez y en línea más directa á vuestro fin? Pero, un alma que pretendía seguir el camino de la perfección, no podía ignorar que los caminos que conducen al cielo, no son como los caminos de la tierra, y que todas las revueltas y los altos que, por un motivo de caridad hace el hombre recorriéndole, en lugar de alejarle del fin, le aproximan.

Y si Dios produce ese milagro en favor del que ha retardado su marcha por venir en ayuda del prójimo, ¿cuánto no hubiera ejercido en vuestro provecho, si os hubiérais retrasado para prestar una mano caritativa á los que debeis la vida, y á quien el mandato divino os ordenaba honrarles inmediatamente despues de Dios?

—Sin embargo, bienaventurado San Pedro, contestó la beata, visiblemente consternada, Nuestro Señor Jesucristo, por obedecer á su madre celeste, ha abandonado tambien á su padre, y yo no he hecho más, me parece, que imitarle en eso.

—¿Os atreveis á hablar así y compararos con Jesucristo? exclamó San Pedro. Jesucristo ha abandonado á su madre para buscar la cruz, y vos habeis aban-

donado á los vuestros para huir de la vuestra. Si, en verdad, en ciertos casos, cuando Dios tiende la vista sobre las almas, les impone desprendimientos extraordinarios; reclama de los padres el sacrificio para sus hijos y á los hijos el de sus padres.

—Pero, interrumpió la beata, ¿cómo saber, entónces?

—Oídme, señora mia; he dicho el sacrificio. Entónces con una señal indudable hace Dios conocer su voluntad, á la cual padres é hijos deben, cueste lo que cueste someterse. Esta señal es la que marca el gran acto del divino salvador; la señal sagrada de la cruz. Bajo forma de cruz es como Dios propone á los hombres en general los actos sobrenaturales que espera de ellos. ¿Pensais por casualidad, que la hermana de la caridad, cuando cuida los enfermos en los hospitales con desprecio del contagio, ó se expone en el campo de batalla por socorrer á los heridos, ó se inclina sobre el lecho de los moribundos para consolarles en su agonía, consulta las inclinaciones de su naturaleza? ¿Qué, la religiosa enclaustrada, que desde la juventud hasta la tumba, se aprisiona entre

los muros de una estrecha y fria celda, que ruega por los que no ruegan, y castiga su cuerpo inocente expiando pecados de otro, sigue solamente, los impulsos de su corazon. ¿Qué, aquella que renuncia á los dulces y puros goces de la vida de hija, de hermana, de esposa y de madre, para formar por la educacion, hijas, hermanas, esposas y madres segun el corazon del hombre y segun el corazon de Dios, no tiene que hacer algun esfuerzo para sacrificarse de ese modo en provecho de otro? ¿Qué, la beata, la verdadera beata, no tiene nada mejor que ofrecer á Dios, al amor del cual aspira, que sus repugnancias para los deberes naturales, sus preferencias para la vida fácil, y un cierto gusto por las prácticas devotas? Eso seria engañaros de un modo particular; eso seria falsear la virtud. No, esas santas mujeres y otras muchas en situaciones análogas, no son verdaderamente santas, sino porque se sacrifican, á imitacion de Jesucristo, por la gloria del Todopoderoso y el amor del prójimo. Sus actos, sobrenaturales, llevan el sello del divino sacrificio. Pero los vuestros, señora mia, no veo que estén marcados con esa señal

y no pueden serlo, porque lo que habeis hecho, no es sobrenatural, sino simplemente contra lo natural.

—Dios me es testigo, exclamó ella.  
—No hagáis exclamaciones, continuó San Pedro, y no nombreis á Dios. Hablo á ciencia cierta, y como conviene al Jefe de los Apóstoles, á quien primero le ha sido confiado el depósito de la verdadera doctrina, tanto en materia de moral como en materia de fé. Por lo tanto, si quereis, diré que habeis obrado bajo la inspiracion de una naturaleza viciada por la indolencia, el egoismo y el orgullo. Os era necesaria una vida fácil, y no podiais dárosela sino descuidando vuestras obligaciones filiales. Otras en vuestro lugar hubieran desistido, pero vos os amábais sobre todas las cosas. Unicamente como era un culto que no podiais confesar, ni á vos misma, ni á los demás, habeis encontrado el de Dios para serviros de pretexto. ¿No es obligatorio sacrificar á Dios todo? Y bajo la cubierta de una falsa devoción habeis abrigado vuestra falta de valor, vuestra dureza de corazon, vuestro olvido de los deberes más sagrados. No digo hipócritamente y con animos deli-

berados, simulando una piedad contraria á vuestros sentimientos. Vuestra falta no ha llegado hasta ese punto. No, como sentis, en definitiva, la necesidad de amar otra cosa que á vos misma y que os parecia demasiado molesto consagrar vuestro cariño á los que por naturaleza tenían derecho, os habeis vuelto al lado de Dios. ¡Dios es tan bueno! ¡Exige tan poco de la debilidad de sus hijos! Es un padre tambien, y que no reclama como los padres ancianos conforme la carne, cuidados fatigosos y constantes. Un corazon puro, una tierna confianza, filiales devociones del alma hácia él, no pide más. Eso es cómodo para la vida en la tierra, y asegura sin muchos esfuerzos la dicha de la vida futura. Hé ahí vuestro cálculo secreto, ¿no es eso verdad? Y como el orgullo se mezcla en todo lo que hace el hombre, sobre todo en lo que hace mal, habeis terminado por ilusionaros vos misma; habeis tomado por lo sério vuestras memorias de devocion, y habeis creido que Dios debia hacer os gran caso. Pero lo que Dios exige ante todo de sus servidores, es la humildad y la caridad. ¿Os ariais pretender que la habeis tenido? No, vuestra

confusion lo prueba; bajo vuestro hábito de beata no habia más que falsas virtudes.

Si, falsas virtudes, lo repito. ¡Y con tan faláz y efimero equipaje venis á alborotar á la puerta del Paraiso, quejándoos de que no os abriese bastante pronto y reclamando con grandes gritos á Jesús vuestro divino Esposo! Jesús no es el esposo de las virgenes locas. Era necesario tener vuestra lámpara encendida, querida mia, y serviros para este efecto de aceite comun, pero muy propio para esto, que el mismo Dios os habia confiado, en lugar de quemar, como lo habeis hecho no sé qué sustancias volátiles que no han dado más que un fuego engañoso. Era necesario seguir la via comun, en lugar de pretender marchar desde luego por la via de la perfección, no obstante la imperfeccion de vuestra voluntad. En lugar de buscar vuestros goces en las prácticas cómodas de una devocion ilusoria, hubiera sido preciso llevar con firmeza el peso de los deberes reales que la Providencia os habia impuesto. Hubiera sido preciso servir á Dios sirviendo á vuestros padres, en lugar de abandonarlos, bajo pretesto de

servir á Dios. Si queriais encontrar á Dios, no era preciso que os contentáseis con vanos deseos y orgullosas aspiraciones: era preciso seguir llevando vuestra cruz. Pero eso no podía convenir, ni á vuestra desidia, ni á vuestro egoismo, ni á vuestro orgullo. Esa cruz la habéis rechazado. ¿Con qué título pretendéis, pues, presentaros ante Él? Por ser beata, no sois una santa.

—Demasiado lo veo, dijo ella, ahora que la luz de vuestras palabras, la sombra de las ilusiones terrestres, se ha disipado para mí. ¡Ay! ¡Demasiado lo veo! ¿Pero no puedo por la expiacion, por larga y cruel que sea, obtener la remision de mis pecados?

—Si, dijo San Pedro, lo podeis. La misericordia infinita quiere proporcionaros ese supremo recurso. Pero, asi como lo habeis dicho, el castigo será cruel y largo. En expiacion de vuestro orgullo, seguiréis el camino largo y tortuoso por el cual las almas juzgadas imperfectas se aproximan insensiblemente á Dios. En expiacion de vuestro egoismo, iréis á ocupar en el purgatorio el sitio de vuestros ancianos padres, castigados por haber mur-

murado contra el cielo á causa de vuestro abandono inhumano. En expiacion de vuestra desidia, permaneceréis allí tanto tiempo como la justicia divina exija. Desde este momento empieza el castigo.

Contando, como se cuenta en la tierra, varios siglos han pasado desde que la expiacion dura, y la pobre beata, lastimosa, trepa aún penosamente el largo camino de los imperfectos.